

la unidad donde deben reunirse todas las demas Iglesias: es ilusion creer que no se separa de la Iglesia el que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia. Sed, pues, fieles y sumisos á la voz de Pedro, que él, como Príncipe de la Iglesia, cuidará del cristiano pueblo, que es su rebaño, para que viviendo en la unidad de la militante Iglesia, logremos un dia habitar en la triunfante, felicidad que os deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

*Tunc stabunt iusti in magna constantia
adversus eos qui se angustiaverunt, et qui
abstulerunt labores eorum.*

Entonces estarán los justos con grande constancia contra aquellos que los angustiaron y los libraron de sus trabajos.

Lib. Sap., cap. V, v. 1.º

Por mas que los enemigos de la religion santa que tenemos la dicha de profesar, persigan con tenacidad á los cristianos, haciendo salpicar con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero, ello es que no solamente han sido instrumentos para que aquellos ciñan en sus sienes la preciosa corona del martirio, que les conducen á la morada de la gloria, sino que han recibido un desengaño terrible cuando ya les ha sido imposible el arrepentimiento. Con solo leer el capítulo citado del sagrado libro de la Sabiduría, nos convenceremos de esta verdad. En él se nos dice que estarán los justos á la vista de sus perseguidores mostrando la constancia que tuvieron en las mayores persecuciones: que contemplando los

tiranos la eterna felicidad que disfrutaban aquellos humildes y esforzados cristianos que fueron objeto de sus amenazas y á quienes sacrificaron en los mas crueles tormentos, se llenarán de una horrible turbacion, exclamando dentro de sí mismos: ¿Son estos aquellos que cuando vivian en el mundo, eran el objeto de nuestras burlas y desprecios? ¡Ah! Fuimos á la verdad unos insensatos cuando creimos que sus virtudes eran locura y juzgamos su fin como miserable y deshonoroso. Nosotros hemos sido los verdaderos insensatos, pues de nada nos sirve ahora el haberlos perseguido y atormentado, puesto que ellos están contados entre los hijos de Dios, y están participando la suerte de los justos, mientras nosotros somos atormentados eternamente.

Y ahora bien, señores, fundados en las anteriores reflexiones de la Escritura Santa, ¿no deberemos creer que en este día de tanta gloria para nosotros, en que llenos de júbilo celebramos la festividad del esclarecido héroe del cristianismo, del soldado de Cristo, del esforzado mártir San Sebastian, defensor de la fé y protector de sus devotos, especialmente en tiempo de peste y epidemia, no deberemos creer, digo, que serán extraordinarios los lamentos que resuenen en los infiernos dados por Diocleciano que fué el que le hizo atormentar? Sí, en aquel lugar de eternos tormentos, exclamará el impío: ¿es este aquel de quien yo me burlaba, y á quien tenia por necio, viéndole despreciar cuanto se le ofrecia porque renunciase á Jesucristo, y sacrificase á los objetos inanimados que yo adoraba como dioses? ¿Es este aquel á quien no contento con haberle hecho asaetar le hice concluir su vida en un segundo martirio? ¡Ay de mí! que él

está ahora, mientras yo padezco, disfrutando de una bienaventuranza en el Empíreo, y al mismo tiempo que mi nombre no se recuerda sino para maldecirle, el Dios verdadero ha declarado á Sebastian por hijo suyo y le ha colocado entre sus santos.

Sebastian, ese soldado valeroso de Cristo, se mostrará glorioso, confundiendo á los tiranos con la constancia con que sufrió las persecuciones y el martirio. *Stabant justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt et qui abstulerunt labores eorum.* De la admirable constancia, pues, de Sebastian en defender hasta el martirio á Jesucristo, vengo resuelto á hablaros en esta mañana, en que me habeis honrado con vuestra eleccion para formar su panegírico: y esta constancia de nuestro glorioso mártir, me servirá para escitaros á la constancia que debeis tener en vuestra devocion al santo, siquiera sea en gratitud á los muchos y extraordinarios beneficios que por su intercesion han conseguido siempre y en todo tiempo los hijos de este pueblo que le venera como á su Patrono. Creo demostrado mi pensamiento y el plan sobre que ha de basar mi discurso. *Constantia maravillosa que tuvo Sebastian en la fé de Jesucristo.* Primera parte. *Constantia fervorosa que deben tener los hijos de este pueblo en la devocion á Sebastian su Patron.* Segunda parte.

Imploramos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los ángeles, á quien saludaremos, repitiendo con el mayor afecto de nuestros corazones la salutacion angélica. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El Hacedor Supremo que para hacer conocer al mundo que nada le es imposible, quiso en la plenitud de los tiempos, unir extremos tan distantes como Dios y el hombre, ha sabido enlazar en todos tiempos segun sus altos é incomprensibles fines, las cosas en el juicio de los hombres mas inconexas é imposibles. David, que á pesar de ceñir en sus sienes la corona real, es un contemplativo y un Profeta. Moisés, elevado de pastor á caudillo de su pueblo. Samuel, que no obstante estar consagrado al templo, fué gobernador de Israel, y otros muchos ejemplos citados en el Antiguo Testamento, nos hacen esclamar con el Profeta: *¿quién penetró jamas los juicios del Señor? ó ¿quién fué depositario de sus secretos?* (1). No son, empero, en el Testamento Antiguo tan solamente donde podemos admirar estas combinaciones del poder de Dios. ¿Hubiera jamás creído la prudencia de los hombres, por avisada que fuese, que aquel pobre é ignorante pescador que buscaba honradamente su sustento á las orillas del mar de Tiberiades, estaba llamado para ser la cabeza visible de una nueva Iglesia, el fundamento ó la base sobre que habia de descansar la nueva religion que habia de establecer el Redentor de los hombres? Pues ello es, señores, que sucedió asi contra los cálculos de la prevision humana, contra lo que pasa ordinariamente en el mundo, pues que para tan alto destino, hubiesen creído los hombres ser necesarios varones de mucha

(1) D. Paul. ad Rom. c. XI, v. 34.

ciencia y mayor reputacion en la sociedad. Contra los cálculos, pues, de los sábios, el humilde pescador, Pedro, fué elevado á la dignidad de Príncipe de los Apóstoles, y la voz de este hombre al parecer idiota é ignorante resonó con fruto en la soberbia capital de los emperadores.

Ahora bien, señores, sin detenerme en otros muchos ejemplos que de la ley de gracia pudiéramos citar, yo quiero preguntar á los hombres sábios y previsores: quien hubiese visto, en la corte del imperio de Diocleciano, de ese emperador que hizo verter á torrentes la sangre de los cristianos pretendiendo temerariamente y sin fruto concluir con la religion de Jesucristo, á quien odiaba; quien hubiese visto, repito, á un capitan jóven y esforzado, de buena presencia, sirviendo en las filas de ese emperador, ¿hubiese creído que lejos de aspirar á adelantar en su carrera, conquistando el amor y aprecio de su monarca, habia de tener el valor suficiente para darle en rostro con sus vicios, reprenderle su persecucion á los cristianos, quererle convencer de sus errores, y en suma, preferir el martirio no obstante su juventud y lo adelantado de su carrera, á prestar adoracion á los falsos dioses? Pues sucedió así, contra lo que hubiesen creído los mas prudentes; y ese soldado valeroso y esforzado, ese mártir illustre de Jesucristo no es otro que vuestro amado Patrono San Sebastian. Todas las prendas que deben adornar á un buen militar resplandecian en nuestro santo: buena crianza, mejor política, valor á toda prueba, ingenio vivo, entendimiento despejado, amor á la justicia y celo por defender las causas justas, ved aquí las que hacian que Sebastian fuese amado de cuantos le trataban,

y su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad y otras cien bellas prendas que le adornaban, dice San Ambrosio, fué la causa de darse á conocer prontamente en la corte de los emperadores.

No porque habeis oido que sirvió en las filas de Diocleciano, creais, señores, que él fué nunca enemigo de los cristianos, ni que prestó jamás adoracion á los falsos dioses del imperio. No, él fué criado en la religion cristiana, y no se sabe que fué mas pronto, si llegar al uso de la razon, ó suspirar ardientemente por verter su sangre en defensa de Jesucristo. Si él entró á servir en las tropas de Diocleciano, fué impulsado de un pensamiento el mas noble; pues que al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la corte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. Tal es el santo fin de ocultar por algun tiempo su profesion de cristiano y de ahogar en su corazon el encendido deseo del martirio que le abrasaba.

No podemos, señores, recordar la décima y última persecucion de la Iglesia, sufrida bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano á fines del siglo III y principios del IV, sin estremecernos de dolor. El paganismo, que veia el fin de su imperio, puso en práctica los medios mas crueles y perversos, con el designio de concluir si posible le fuera con el nombre cristiano. Desesperado al ver su próxima muerte, hizo los mayores esfuerzos, para conseguir el triunfo, y las catastas, los potros, los toros de bronce, las afiladas cuchillas, las impotentes hogueras y cuanto de mas cruel pudo inventar el infierno, todo le parecia poco á los enemigos de la religion verdadera para

atemorizar á los fieles discípulos de la víctima del Gólgota, y conseguir el triunfo del paganismo. Edictos los mas sangrientos publicados en Mesopotamia, la Siria, el Egipto, la Tebaida, el Ponto, la Numidia y en las demas provincias sujetas al tirano de Roma, hacian que á torrentes se vertiese la sangre de mil y mil inocentes víctimas de toda edad, sexo y condiciones que gustosos entregaban su vida, por defender los derechos de Jesucristo y de su Iglesia, no consiguiendo otra cosa los tiranos sino el ver salir nuevos defensores de la verdadera religion, del centro mismo del paganismo.

Observemos, pues, á Sebastian en la capital del imperio, en la soberbia Roma, con el traje de capitán del emperador, y al verle en sus cárceles, fortaleciendo con sus exhortaciones á los santos confesores de Jesucristo, llevando con qué alimentar á los cristianos refugiados en las cuevas, alentando á los mártires en los mismos suplicios, oponiéndose á la propagacion del paganismo y trabajando sin tregua ni descanso por aumentar el rebaño de Jesucristo, y no podremos menos de reconocer en este esforzado militar á un Pablo dando á conocer al Redentor, á un Jeremías oponiéndose fuertemente á la corrupcion, á un Natán haciendo temblar los palacios de los grandes, á un Macabeo levantando fuertes y terribles escuadrones, á un Josué peleando contra los enemigos de la nacion santa, á un Simon, hijo de Onías, en suma, añadiendo nuevos triunfos al Santuario. Ni tantas y tan sanas ocupaciones, le quitaban el tiempo para entregarse á la oracion postrado en tierra como Joél, para implorar las misericordias del Señor y llorar las ruinas de su nacion como Jeremías,

Probemos estas verdades, con referir sus triunfos y sus martirios. Cuando Sebastian, sin dar á conocer su profesion de cristiano al emperador ni á sus compañeros, trabajaba, como hemos dicho, en alentar á los mártires, procurando los mayores triunfos para la religion, fueron presos dos caballeros romanos llamados Marco y Marceliano, los que despues de haber sufrido con la mayor resignacion algunos tormentos, iban á ser degollados, por haberse negado á sacrificar á los dioses del imperio. Tranquilino y Marcia, padres de estos héroes, se presentaron al juez Cromácio, y con sus ruegos y lágrimas consiguieron la gracia de que se difiriese la sentencia por treinta dias, con la esperanza de poderlos convencer en este tiempo para que abjurasen de la fé de Jesucristo y sacrificasen á los dioses. Súplicas, ruegos, gemidos y cuanto puede inspirar el amor y la ternura para mover á un corazon blando y generoso, fueron las armas de que se valieron aquellos padres por evitar la muerte de sus hijos. Las súplicas, pues, de sus padres, las lágrimas de sus esposas, los lamentos de sus hijos, fueron causa de que Marco y Marceliano empezasen á mostrarse sensibles, á titubear en la resolucion. Afortunadamente, se apercibe de ello Sebastian, quien lleno de celo, y con aquel don de persuasion con que Dios le habia favorecido, empieza á alentarlos haciéndoles conocer la felicidad del martirio, consiguiendo no solo sostener los ánimos de aquellos dos hermanos, sino convertir á la fé de Jesucristo á Nicóstrato, oficial del juez Cromácio, á Claudio, alcaide de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas digno de admiracion, á los padres, á los hijos y á las mujeres de Marco y Marceliano, logrando de

este modo triunfos innumerables á la religion. Al modo, pues, que corria el pueblo de Israel trasportado de admiracion para escuchar los oráculos de Ezequiel (1), corrian apresuradamente los fieles de Roma, para recibir de Sebastian instrucciones religiosas. Jesucristo quiere hacer conocer lo grato que le era el celo de su fiel soldado, y confirma con milagros su doctrina. Al tiempo mismo que Sebastian se hallaba en casa de Nicóstrato animando á los dos santos hermanos, llenóse la habitacion de una clarísima luz, y apareciéndose el Señor acompañado de siete ángeles, acercóse á su siervo Sebastian, y dándole un amoroso ósculo de paz, le promete estar siempre con él. Zoé, mujer de Nicóstrato, que estaba muda, consigue el habla, con solo hacerle Sebastian la señal de la cruz sobre la boca, y muchos enfermos, al tiempo mismo que por el bautismo conseguian la salud del alma, recibian la del cuerpo milagrosamente.

No pararon aquí los triunfos conseguidos por Sebastian. Mandó llamar el juez Cromácio á Tranquilino con el objeto de informarse si sus hijos se habian dejado persuadir de sus lágrimas y estaban dispuestos á sacrificar á los dioses, pero no pudo dejar de admirarse al escuchar de labios de Tranquilino esta respuesta: *Mis hijos son dichosos y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió los ojos del alma, para conocer la verdad y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion.* Cromácio ruega á Tranquilino que le pruebe la verdad de la religion de Jesucristo, el que con las instrucciones que habia recibido de Sebastian, lo hizo con tal copia de razones, que que-

(1) Ezeq. c. XXIII, x. 30.